La Ilustración Artística

Año XXVII — Barcelona 21 de septiembre de 1908 — Núm. 1.395

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA

VENDEDORES DE FRUTA CONTANDO DINERO

cuadro de Murillo que se conserva en la Pinacoteca de Munich

Texto.— *De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. – *Las bodas de oro*, cuento de Enrique Datin. – *San Sebastián. Carrera de bicicletas.* – *El jubileo del conde Tolstoi.* – *El Congreso Eucarístico de Londres.* – *Wilburg Wright.* – *El circuito de Bolonia. La Targa Florio.* – *Miscelánea.* – *Necrología.* – *Problema de ajedrez.* – *El vellocino de oro*, novela original de J. H. Rosny, con ilustraciones de Simont. – *El país de la plata. Hiendelaencina*, por Manuel Asenjo.

Grabados.— *Vendedores de fruta contando dinero*, cuadro de Murillo. – Dibujo de Sardá que ilustra el cuento *Las bodas de oro.* – *San Sebastián. Carreras de bicicletas* (tres grabados). – *El jubileo del conde Tolstoi. Yasnaia Poliana, la casa en donde nació y reside.* – *El conde Tolstoi rodeado de su familia.* – *El cardenal Vicente Vanutelli.* – *Londres. El Congreso Eucarístico. Reunión de cardenales en Caxton-Hall.* – *Procesión. Grupo de cardenales, prelados y alto clero.* – *Grupo de asociaciones y colegios.* – *Guitarrista*, cuadro de R. A. Schlegel. – *Julián de Médicis*, cuadro de Rafael – *Wilburg Wright.* – *El país de la plata. Hiendelaencina. Central eléctrica de las minas.* – *Acarreo del mineral en una mina de 500 metros.* – *Taller de monda del mineral.* – *Trituración del mineral y preparación para el lavado.* – *Taller de lavado y separación mecánica del mineral fino.* – *Hornos de destilación y fundición.* – *Octava exposición de juguetes organizada en las Tullerías (París).*

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

En el espacio de pocos meses la *Associació Wagneriana* ha publicado el primer volumen del *Cançoner selecte* (Beethoven), las *XXV Conferencies*, la partitura catalana para canto y piano de *Tannhäuser* y el segundo volumen del *Cançoner* (Schubert). Al abrir el volumen de las conferencias y examinar el índice que figura al dorso de la portada, el lector queda sorprendido por la fecundidad de la Asociación en los seis años escasos de su existencia. Más de ciento setenta sesiones, unas dedicadas á conferencias, otras á audiciones musicales y no pocas de índole mixta, han llenado, sin interrupciones ni desmayos, la vida corporativa de tan benemérita institución, que ha publicado además, con letra catalana, los expresados cancioneros, *Tannhäuser, Lohengrin, Los maestros cantores,* y tiene en prensa actualmente el *Tristán é Isolda.*

Pero todo esto no se refiere más que á la cantidad; y por muy sorprendente que ella sea en un grupo guiado exclusivamente por la afición y el desinterés, más sorprende la calidad, la intensidad de espíritu que preside á semejantes tareas. Para convencerse de ello no hay más que repasar esas ediciones, examinando su pulcritud interna y externa, el nimio cuidado de los pormenores, el gusto de la presentación y el feliz consorcio de sobriedad y elegancia que en ellas resplandece como un *ex libris* sin *ex-libris*, como un sello personalísimo é inconfundible. Esa envoltura predispone, incluso á los más legos, á internarse en las páginas, así literarias como musicales, y á seguir el desarrollo cronológico de los wagnerianistas barceloneses, que han dado á su labor una notoria amplitud y que alrededor del gran maestro y su obra han sabido agrupar todo el ciclo musical contemporáneo, sin aislar al genio, separándolo de sus predecesores y de sus descendientes.

En muy pocas instituciones libres y desde luego en contadísimos conservatorios ó escuelas profesionales habrá sido posible asistir á un desfile ó curso más vasto y completo del wagnerismo y sus antecedentes; curso no sujeto, en verdad, á rigorismos de academia ni á programas de «asignatura,» pero orgánico y total como una cosa viva que surge del manantial de la opinión artística, no canalizada en formulismos ó convenciones de ciencia oficial, y que sigue el movimiento espontáneo del gusto y de la sensibilidad estética en las sociedades escogidas.

Dichas sesiones sirvieron de comentario y preparación no pocas veces á las audiciones y conciertos anunciados en los teatros de Barcelona. Así, por ejemplo, ocurrió respecto al *Crepúsculo de los Dioses.* Se leía la traducción del libreto; seguidamente se daba una conferencia explicativa, y se entraba, por último, en la interpretación comentada de la partitura y sus temas. El tomo de las *Conferencies* es una de las más interesantes misceláneas musicales de los comienzos de nuestro siglo XX, y en ella se pasa revista á todos los aspectos actuales del arte. Un conjunto de espíritus distinguidos y selectos: musicógrafos, maestros, poetas, matemáticos, críticos y oyentes fervorosísimos, ha pasado por la tribuna de la *Wagneriana,* explicando sus investigaciones, sus teorías ó sus confidencias. Pedrell y Ribera, Joaquín Pena y Maragall, Doménech Español, Adrián Gual, Manuel de Montoliu, Viura, Clariana, Jordán de Urries, Roviralta..., han ido trayendo á colación ideas, estudios, lecturas ó emociones, haciendo pasar por aquella sala modesta la corriente plena en que la más alta mentalidad y la sensibilidad más elevada se confunden para ennoblecer al hombre de nuestros días. Mozart y su *Don Juan,* Schumann, Berlioz, Listz, Chopin; los precursores del wagnerismo, como Marsillach y Letamendi; los compositores modernos, como Charpentier, Vincent d'Indy, Weingartner, Humperdinck, todo eso y mucho más ha hablado y vivido en las sesiones de la Asociación, explicado por conocedores competentes ó interpretado y oído en religioso recogimiento.

La nota distintiva de esos trabajos es la seriedad que se atribuye á ellos, muy lejos de la superficial brillantez y alboroto de los antiguos «bel cantistas,» en los días felices del romanticismo de ciprés y arpa, de *La dona dil lago* y *Marino Faliero.* No; no es el arte un pasatiempo frívolo que merezca ser abordado sin preparación ni reverencia. Es algo que nos remonta sobre la escala de los demás seres, que nos pone en contacto con lo trascendente y absoluto, que linda con lo eterno. Así lo entienden los promotores y sostenedores de la Wagneriana, y el alma de todos ellos, Joaquín Pena.

Para cerrar este ligero comentario, aprovechando la novedad de sus dos últimas publicaciones (*Cançoner* de Schubert y *Tannhäuser*), trataré de resumir mi concepto, afirmando que si en todos los órdenes y ramos de la actividad espiritual: filosofía, historia, matemáticas, ciencia experimental, estudios psicológicos y sociales, lo que se quiera; si en todas esas direcciones é intereses del alma y de la inteligencia se lograra constituir un núcleo semejante, dotarlo de su mismo ardor tranquilo, infundirle la misma actividad sostenida, convertirlo en centro de introducción y distribución de las ideas universales, entonces eso que llamamos aproximación á Europa habría dado un paso decisivo, sin renunciar por ello á nuestra índole nativa, antes bien resolviéndose el problema de combinar lo nacional y lo cosmopolita en una alianza indestructible.

***

Por fortuna, la tranquilidad de las últimas semanas deja espacio y tiempo para seguir comentando otras novedades que no sean las del crimen, del desorden ó de la pasión política. La Junta autónoma de Museos y Bellas Artes ha visitado últimamente las excavaciones que se están realizando en Ampurias, mediante acuerdo y subvención de la propia entidad, la cual empezó por adquirir una superficie de terreno como base de sus trabajos. La elección de ese terreno no fué desatinada, por cuanto en una parte ha ido apareciendo el antiguo emplazamiento ibero romano y en la otra el recinto griego.

A expensas del Estado se hacen otras excavaciones junto á las dunas, habiendo quedado al descubierto restos de una basílica cristiana con un columbario y diversos enterramientos. También las realizan dos particulares, el Sr. Pi y el Sr. Villanueva, y han aparecido ya una casa romana y restos de viviendas con fragmentos de mosaico.

Todo ello hace actualmente de Ampurias una curiosa estación arqueológica y pone de manifiesto cómo se va apoderando de las corporaciones locales de Barcelona el sentido de la cultura predominante hoy en los principales Estados europeos y americanos. Esas corporaciones no se sienten, tan sólo, meros organismos administrativos ó fiscales para la recaudación de tributos y para la prestación de servicios de orden material. Entienden que les está confiada una misión superior relacionada con el progreso científico del país, con su renombre, con su civilización, con el florecimiento de las artes. Las excavaciones de Ampurias no darán por resultado la exhumación de una cosa espléndida y de primer orden, como Pompeya. Así la ciudad griega, como el recinto ibero romano, no se hundieron de una vez, sepultados bajo un torrente de lava y cenizas. Sufrieron la lenta acción de los años y la sucesiva aniquilación impuesta por las edades y las conquistas. Pero aun de este modo, la infinidad de medallas, monedas, instrumentos y restos de cerámica ya recogidos y lo que sin duda irá apareciendo si los entusiasmos actuales no se apagan, demasiado justifican la exploración emprendida, redimiéndonos del sonrojo de que pudieran hacerla algún día los extranjeros, ó darnos el camino y la impulsión, como en Numancia.

Ya sé que no todos piensan así y que no falta quien crea que la función de los municipios y corporaciones locales, y aun la del Estado, se reduce á la de un administrador inflexible, á la de un economato limitado á la más estricta necesidad. No siempre se ve la relación que liga entre sí á toda suerte de iniciativas ni la solidaridad de esos estudios puramente desinteresados y de lujo con las conveniencias utilitarias y prácticas. Todo se eslabona, todo se da la mano; y no hay descubrimiento, por ideal y apartado que parezca de toda realidad, que no tenga dentro de un año ó dentro de veinte una repercusión progresiva y hasta una influencia económica.

***

La visita á Zaragoza, la «semana catalana,» los brindis, los banquetes, los obsequios al Ayuntamiento y á la prensa de esta ciudad por el Ayuntamiento y la prensa de la capital de Aragón, ofrecen materia de muy agradables consideraciones.

El esfuerzo de los zaragozanos, la iniciativa de Paraíso y su tenacidad para llevarla á término han merecido constantemente y desde el primer día mi atención y mi más caluroso encomio. Antes de ahora he debido escribir que esas dos fechas: *Barcelona,* 1888, y *Zaragoza,* 1908, son el desquite y la compensación de otra fecha, intermedia y lúgubre: *Santiago,* 1898.

Las etapas de Barcelona y Zaragoza son el preludio ó vago despertamiento de la energía social sobre la decadencia oficial, el nacimiento de un país sobre las ruinas de un Estado histórico y la aparición de una España adolescente sobre una oligarquía gastada y decrépita. En este sentido puede decirse también que Aragón ha resuelto incorporarse y que es un nuevo miembro ganado á la *hemiplejia* peninsular, á esa dolorosa hemiplejia, mitad actividad y mitad parálisis, que divide, si no el territorio, cuando menos los ideales y las conciencias del país.

***

Con la detención de Blanch Queraltó y de Cuyás como presuntos autores del atentado terrorista de la «golondrina» y con la aparición de Melich en Zaragoza acusándose de haber colocado la última bomba que estalló en el urinario de la Rambla de las Flores, esa magna cuestión sigue despertando el más vivo y más justificado interés, al cual para ser completo no le faltan su punto de enigma y sus grandes dificultades de investigación.

Hace tantos años que la madeja se va enredando, que ahora, cuando parece haberse dado con uno ó dos cabos del hilo, los dedos más expertos y hábiles han de vacilar. Durante más de quince años todas las propagandas, todos los detritus sociales, todas las heces de los demás países han venido á caer en Barcelona, como en un bajo fondo y por medio de una selección al revés.

Es posible que las mismas gentes sensatas hayan contribuído á un extravío de la opinión y hayan ayudado inconscientemente á la impunidad de los culpables, buscando, *à priori,* pistas de altura ó direcciones preconcebidas. Durante muchos años se ha dado aquí el caso paradógico de que, para estar libre de toda sospecha de terrorismo, casi era necesario declararse anarquista. Se ha desatinado mucho hablando del *cui prodest* sin haber leído los libros de la parcialidad que no repudian, ni mucho menos, esa propaganda por la acción, solitaria y aislada. Se ha invocado el argumento de que las víctimas de la última serie de atentados eran casi siempre de condición menesterosa, olvidando que los anarquistas intelectuales sostienen en sus escritos que no existen *inocentes* en la sociedad, que todos son responsables de su infame organización actual, que conviene tenerla en constante zozobra y que si por consecuencia de la guerra social caen algunos de sus hermanos, muchos más caen víctimas de la burguesía en los talleres y en las minas. Se ha dicho, por último, que el verdadero anarquista nunca ha hurtado su cuerpo y que ha embestido bravamente y cara á cara, olvidando que obró así cuando se propuso un objeto concreto: atentar contra un rey, contra un poderoso, contra un estadista, y cuando no contaba todavía con los explosivos de tiempo ó de inversión que le aseguran la impunidad y la fuga.

Ahora apunta otro prejuicio peligroso: el de creer que todo venga de un solo origen y obedezca á un complot. Puede ser así; pero no cabe excluir la suposición contraria de que existan dos, tres y cuatro focos diferentes y sin conexión. Es decir, que en vez de una sola avispa, exista todo un avispero. Desgraciadamente ha habido un largo trabajo de propaganda y disolución, y no es aventurado pensar en lo extenso de la zona moral de nuestra población invadida por aquel fermento.

MIGUEL S. OLIVER.

LAS BODAS DE ORO (1), CUENTO DE ENRIQUE DATIN. Dibujo de Sardá.

Y volviendo al piano para terminar la canción que había empezado, cantó con toda su alma...

La vida es bella mientras se ama,
Y se ama aún en la vejez...

Y su voz, algo temblorosa, pero afinada, matizaba esas palabras con dulzura infinita, mientras miraba á su amado compañero, sentado delante de ella y que la seguía con los ojos cuando sus afilados dedos rozaban lentamente las teclas del piano.

Aquella mujer, en el radiante esplendor de su juventud debió de haber sido muy bonita; sus cabellos, blancos como la nieve, formaban marco á un rostro ovalado, de una pureza de líneas intachable, y la delicada sonrisa que vagaba en sus labios denotaba inteligencia y bondad. Los ojos se habían conservado hermosos: negros, un tanto hundidos y sombreados por largas pestañas, respiraban alegría.

Contemplando á aquellos dos viejos que tan placenteramente soportaban el peso de los años, experimentaba yo un sentimiento de bienestar y de contento. ¿Podía, acaso, darse algo más confortante que aquel cuadro de dicha conyugal?

Cuando se hubo apagado el sonido de las últimas notas, el marido, volviéndose hacia mí, me dijo:

—En la próxima primavera celebraremos nuestras bodas de oro, porque se habrán cumplido los cincuenta años de nuestro matrimonio. La fiesta será para los dos tan hermosa como el día en que pronunciamos el *sí* sacramental, á los pies del sacerdote. ¿No es verdad, mi querida Juana?

—Es verdad; en aquel entonces no te amaba más que ahora; mi alma ha sido siempre tuya y siempre has sido dueño de mi corazón.

—Nunca nuestro amor ha sufrido el más pequeño menoscabo; ninguna nube ha empañado nuestro afecto. Desde el venturoso día en que vi á Juana por primera vez, la existencia ha sido para los dos una serie continuada de delicias.

Amigo mío, no éramos ricos, ¡qué habíamos de ser!, cuando, sin conocernos, nos hallamos uno al lado del otro en el interior de la diligencia de Laffite y Gaillard, que hacía entonces el servicio entre Caén y París.

Juana, á quien sus padres enviaban á casa de una anciana parienta, florista de la calle del Cairo, había de entrar de aprendiza desde su llegada, y en cuanto á mí, llevaba una carta de recomendación para uno de los jefes de sección de los almacenes del Pequeño Santo Tomás, de la calle del Bac. Con esto basta para que usted comprenda que si emprendíamos el camino de la fortuna distábamos mucho de haberla conquistado.

En el coche los dos guardábamos silencio, vencidos por la pena natural de abandonar nuestros hogares, y transcurrieron las primeras horas sin que ni uno ni otro pronunciásemos una palabra, y si en varias ocasiones nuestras miradas se encontraron, su elocuencia fué muy débil, porque la timidez y un cierto embarazo sellaban nuestros labios. Y quizás así hubiésemos continuado durante todo el viaje, cuando la súbita intervención del cochero varió el aspecto de las cosas. La diligencia llegaba al pie de la gran cuesta de Lisieux, y á todos los viajeros se nos suplicó que bajásemos del coche.

El día se presentaba hermoso; los rayos ya calurosos de un sol primaveral iluminaban el camino; cantaban los pájaros en las ramas de los árboles; las primaveras, casando el oro pálido de sus corolas con las primeras violetas, tapizaban las zanjas y por doquiera se respiraba la alegría de vivir.

Cerca de la cumbre, en un talud que se alzaba delante del cercado de un jardincito, atraía las miradas un gran grupo de violetas blancas. No pude resistir la tentación, y en dos zancadas llegué hasta ellas; cinco minutos después volvía á estar al lado de mi compañera, á la que, lleno de emoción, ofrecía el ramillete, húmedo aún del rocío de la mañana.

El modo como aceptó las flores demostróme claramente el placer que sentía de recibirlas, y desde aquel momento quedó roto el hielo. Por el camino nos hicimos mutuas confidencias, y cuando, llegados á París, bajamos del carruaje, en el patio de las Mensajerías de la calle de San Honorato, nos habíamos prometido volver á vernos.

Por espacio de dos años, cada domingo, á eso de las tres de la tarde, nos encontrábamos en el Jardín de las Tullerías, delante de la estatua de Espartaco; ni un solo día faltó ninguno de los dos á la cita. Juana se cogía de mi brazo, y mientras paseábamos á lo largo de la gran avenida, hablábamos de lo que habíamos hecho durante la semana, nos comunicábamos nuestras probabilidades de éxito y forjábamos risueños planes para el porvenir.

¡Horas encantadoras, horas deliciosas en que el corazón despierta al amor! Vuestro perfume es tan penetrante, que basta para embalsamar el resto de la existencia y para saturar el alma hasta los límites de la extrema vejez.

Nombrado á mi vez jefe de sección de mi almacén, al abrigo ya de toda inquietud y pudiendo ofrecer á mi amada Juana, si no grandes comodidades, por lo menos un modesto bienestar, le rogué que asociase su existencia á la mía, y poco tiempo después, su padre, que vino expresamente á París, la conducía al altar.

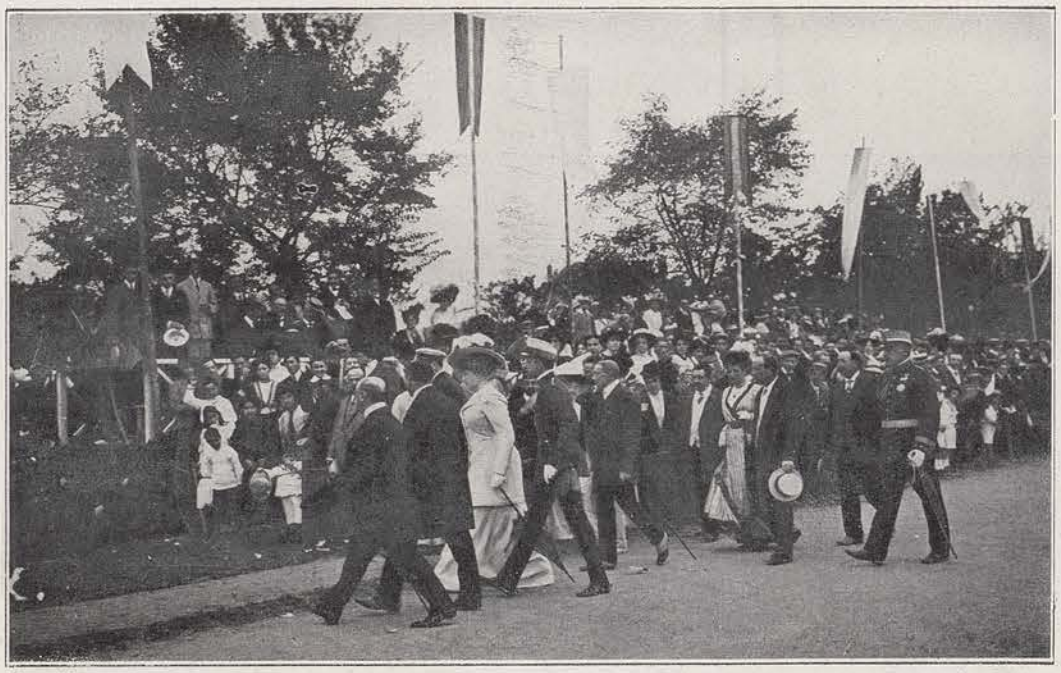
La esposa que, llenos los ojos de dulces lágrimas, había escuchado enternecida á su marido, se levantó, y dirigiéndose á una elegante arquilla de palo de rosa, colocada sobre el mármol de la consola, sacó de ella un ramito marchitado, en el que posó sus labios con verdadera veneración.

—Intérprete delicioso de la confesión de mi bien amado, lazo místico que encadenas nuestras dos existencias, dijo en una especie de éxtasis, tú nos seguirás hasta la tumba. Desde la mañana venturosa en que, en lo alto de la gran cuesta de Lisieux, lo recibí de manos de mi adorado, nunca se ha separado de mí. El cielo ha bendecido nuestros esfuerzos y hemos sido ricos; y si no ha querido concedernos hijos, es sin duda porque ha querido concentrar en nosotros dos nuestro mutuo afecto y no distraer de él la menor partícula en favor de otros.

Y volviendo al piano para terminar la canción que había empezado, cantó con toda su alma:

Amémonos hasta el supremo día
En que cierre la muerte nuestros ojos.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.



SS. MM. dirigiéndose á las tribunas para presenciar las carreras de bicicletas

SAN SEBASTIÁN.—CARRERAS DE BICICLETAS

Continuando la serie de fiestas de que dimos cuenta en el número anterior, hanse efectuado en la capital donostiarra, entre otras, las carreras de bicicletas en el velódromo de Atocha. Una concurrencia tan numerosa como distinguida llenaba las tribunas y se agolpaba alrededor de la pista.

A las cinco menos cuarto llegaron en un landó de la real casa Sus Majestades el rey don Alfonso XIII y la reina doña Victoria, á quienes acompañaba el príncipe Mauricio de Battenberg, hermano de nuestra soberana.

Las reales personas fueron recibidas por el gobernador civil, el alcalde y el presidente del club ciclista.

El resultado de las carreras fué el siguiente:

Campeonato de Guipúzcoa.—Primer premio, consistente en una medalla de oro y diploma de honor, á Pedro Bordane.

Segundo premio, medalla de plata, á Luis Elizalde.

Tercer premio, medalla de bronce, á Francisco Verde.

Carrera regional.—Primer premio, de 100 pesetas, á Francisco Verde; segundo, de 50, á Esteban Tejera, y tercero, de 25, á Miguel Lloret.

Carrera internacional.—Primer premio, de 300 pesetas, á Dupuy, de París; segundo, de 150, á Ponchois, también de París; tercero, de 100, á Weber, y cuarto, de 60, á Chadeau.

Carrera de Consolación.—Primer premio, de 50 pesetas, á Ruff (alemán); segundo, de 40, á Michel (belga), y tercero, de 30, á Delaye (francés).

Internacional de *tandem*.—Primer premio, de 175 pesetas, al equipo Duprié y Pouchois; segundo, de 100 pesetas, al equipo Chadeau y Rit, y tercero, de 50, á Pregnat y Deyde.

Carrera infantil.—Primer premio, Federico Ferreirós.

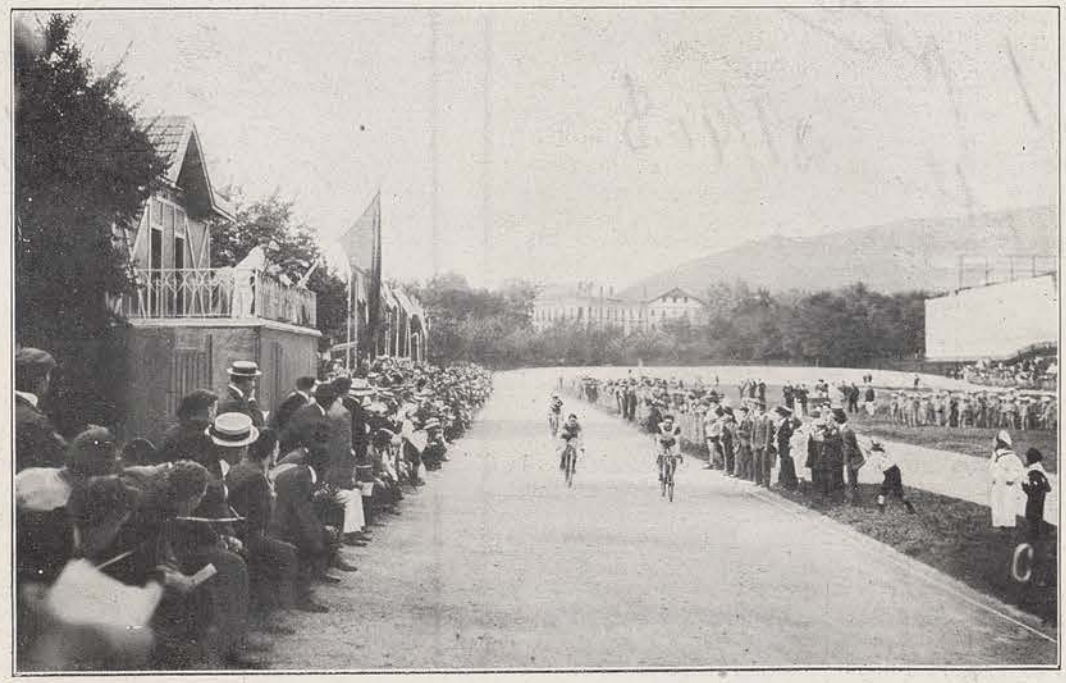
Campeonato de España.—Se lo disputaron Neira, de Vigo; Durán, de Barcelona; Echevarría, de Bilbao, y Perdi, de San Sebastián, vencedores en las pruebas eliminatorias.

Ganó el primer premio, copa del rey, diploma de campeón y 300 pesetas, Durán, de Barcelona.

El segundo, un bastón del infante D. Carlos y 100 pesetas, Perdi, de San Sebastián, y el tercero, de 75 pesetas, Echevarría, de Bilbao.

S. M. el rey entregó la copa á Durán y le colocó la banda de campeón.—S.

(Fotografías de Frederic.)



Carrera en que se disputaron la copa del rey y el campeonato de España

EL JUBILEO DEL CONDE TOLSTOI

El día 10 de los corrientes cumpliéronse ochenta años del natalicio del conde Tolstoi. Sus admiradores habían proyectado celebrar este aniversario con brillantes fiestas, pero al fin desistieron de su idea ante las vivas instancias del interesado, quien, por su repugnancia á toda ostentación ruidosa, veía con disgusto que en su honor se hicieran aparatosas manifestaciones.

Esto no obstante, no pudo evitar que aquel día los periódicos más importantes de Rusia insertaran largos artículos en su loor, declarando que la fecha que conmemoraban era para Rusia una fiesta nacional en la que el mundo entero tomaba parte. Y como los periódicos, todas las instituciones públicas, las sociedades, los círculos y las escuelas realizaron expresivas manifestaciones de simpatía y tributaron entusiastas homenajes de admiración al autor de *Ana Karenine*.

Con motivo de su octogésimo cumpleaños, ha recibido el conde Tolstoi más de 4.000 telegramas, la mayoría de academias y universidades extranjeras le han elegido miembro honorario, y gran número de ciudades rusas le han proclamado «ciudadano notable.» Además, multitud de rusos y extranjeros han ido personalmente á su residencia para felicitarle.

Díjose que el Sr. Stolypine, presidente del Consejo de ministros ruso, había dirigido á los gobernadores de las provincias un despacho circular previniéndoles que debían permitir la celebración de las fiestas en honor de Tolstoi. Los centros oficiales declaran que no ha sido preciso adoptar una medida especial para autorizar dichas fiestas, puesto que ninguna razón existía para creer que los gobernadores pudieran oponerse en modo alguno á que se honre á Tolstoi como escritor; en cambio, con ocasión del aniversario se tomaron disposiciones para evitar que se hiciesen manifestaciones políticas ó que se honrase á Tolstoi como representante de las ideas antirreligiosas y anarquistas.

El Santo Sínodo, en cambio, publicó una alocución dirigida á los fieles exhortándoles á que se abstuviesen de tomar parte en las fiestas y ordenando á los sacerdotes que adoptasen las medidas convenientes para refutar las doctrinas de Tolstoi. Esta disposición ha sido casi unánimemente censurada por la prensa rusa, habiendo hecho constar los principales periódicos que Rusia, al festejar al conde, festejaba, no al teólogo, sino al novelista ilustre de fama universal.

No corresponde á una nota puramente de actualidad como esta hacer el juicio de Tolstoi y de su obra; ni es tampoco necesario, ya que en su última crónica lo ha hecho en párrafos admirablemente pensados, como todos los suyos, nuestra estimada colaboradora la condesa de Pardo Bazán.—T.

S. M. el rey D. Alfonso XIII entregando la copa al Sr. Durán, vencedor del campeonato de España

Yasnaia Poliana, la casa de campo en donde nació y reside el conde Tolstoi

El conde Tolstoi rodeado de su familia en Yasnaia Poliana. (De fotografía tomada en agosto último.)

EL CONGRESO EUCARÍSTICO

DE LONDRES

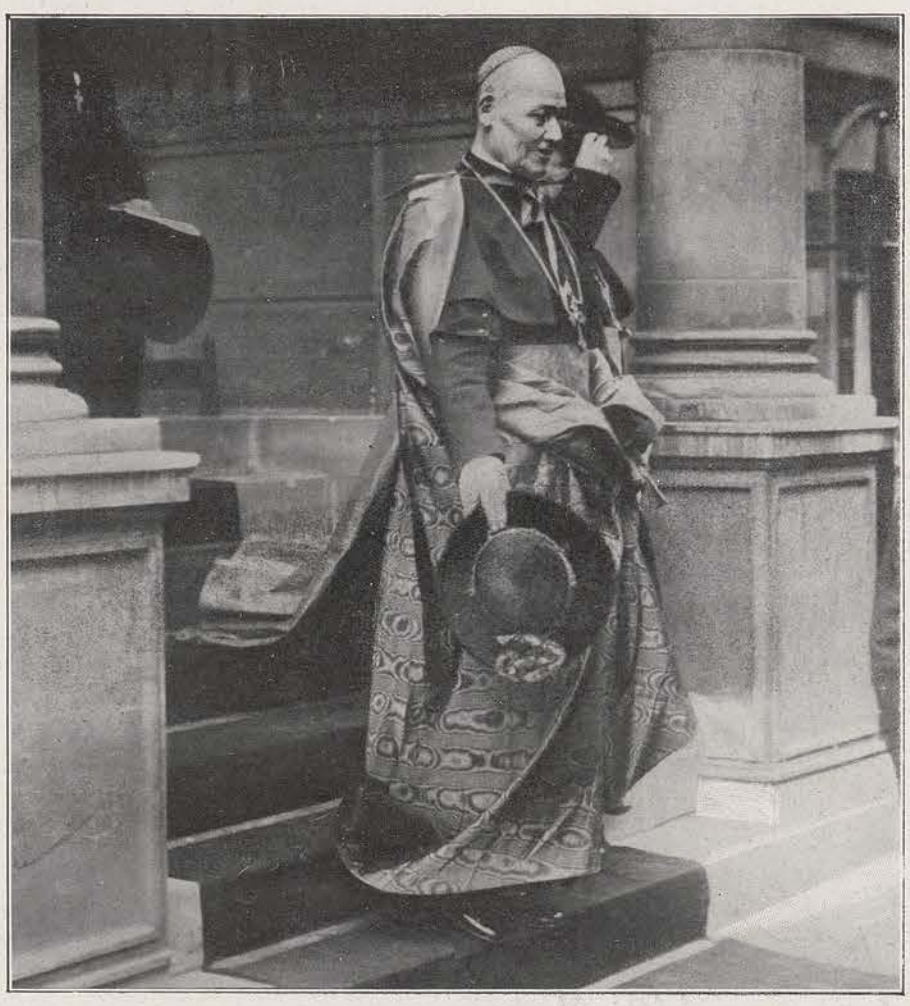
Con pompa y solemnidad extraordinarias se ha celebrado en Londres un Congreso Eucarístico, que ha sido presidido por el cardenal Vanutelli, legado del Papa, y al que han asistido otros siete purpurados, 14 arzobispos, 66 obispos, 20 abades mitrados, centenares de sacerdotes y millares de fieles ingleses y extranjeros.

Acerca del carácter del Congreso y de la importancia del hecho de su celebración en la capital de Inglaterra, he aquí lo que, entre otras cosas, dijo monseñor Vanutelli, en Lovaina, á un redactor del *Times* enviado allí expresamente para conferenciar con él:

«Este Congreso es singularmente importante por dos razones: primera, porque Londres, capital de una potencia tan grande y tan influyente como el imperio británico, atraerá probablemente un gran número de miembros del clero y de seglares del mundo entero; segunda, porque el hecho de reunirse el Congreso en Londres da una prueba directa y palpable de una verdad universalmente conocida y que es un título de honor para Inglaterra, la de que la libertad de que sus súbditos disfrutan de exponer su opinión, no existe sólo en sus leyes constitucionales. Por esto el Papa envía allí á un cardenal legado con la misión de expresar la simpatía, la benevolencia y la admiración que siente por el pueblo británico y su deseo de manifestar su afecto á aquellos de sus hijos que son súbditos de Inglaterra.

»Los miembros de este Congreso no se reunen en Inglaterra con ningún fin político, sino con un fin exclusivamente religioso, para afirmar en toda su sencillez su fe en la Eucaristía, y recuerdan los tiempos en que esta fe era universal en aquella nación; y no tienen la menor intención de discutir con los protestantes, á quienes consideran como hermanos en Jesucristo.»

El Congreso ha celebrado cuatro sesiones, en los días 9, 10, 11 y 12 de este mes, habiéndose leído en ellas muchas y muy notables memorias sobre el sacramento de la Eucaristía.



S. E. el cardenal Vicente Vanutelli, legado del Papa y presidente del Congreso Eucarístico recientemente celebrado en Londres. Es el primer enviado pontificio que ha visitado Inglaterra desde 1553. (De fotografía de World's Graphic Press.)

El día 13 ofició de pontifical en la catedral de Westmínster monseñor Vanutelli; el cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore (Estados Unidos), pronunció un sermón elocuentísimo, y millares de fieles se acercaron á la Mesa.

Por la tarde efectuóse la procesión, que fué un espectáculo grandioso, como pocos se han visto en Londres. Las asociaciones protestantes habían solicitado del gobierno que la prohibiese, pero no lo consiguieron; y el gobierno se limitó á prohibir la presencia del Santísimo Sacramento en la ceremonia pública. Concurrieron á la procesión todos los congresistas, innumerables asociaciones y corporaciones con sus estandartes y un número inmenso de fieles; se calcula que entre los que iban en la procesión y la multitud que invadía las calles por donde ésta pasó, sumaban más de ciento cincuenta mil personas.

El orden fué perfecto y no lograron turbarlo las débiles protestas de algunos pequeños grupos, á las que los católicos contestaban con delirantes aclamaciones; el gobierno, justo es decirlo, había adoptado todas las precauciones para que la libertad de los católicos fuese respetada.

Casi todas las casas del trayecto que recorrió la procesión, muchas de ellas habitadas por protestantes, estaban engalanadas.

De regreso en la catedral, apareció monseñor Vanutelli en el balcón del pórtico llevando en la mano el Santísimo Sacramento; á sus lados ondeaba la bandera inglesa y pontificia. Entre la muchedumbre inmensa hízose un silencio profundo, todos se arrodillaron y el legado dió solemnemente la bendición papal, siendo luego aclamado con estruendosos y entusiastas *hurras*. Fué aquel un momento imponente, digna coronación de un Congreso que ha dejado imperecedero recuerdo en cuantos á él asistieron y que ha de ser de gran trascendencia para la Iglesia católica. – S.

Londres.—El Congreso Eucarístico. Reunión de cardenales en Caxton Hall

(De fotografía de Underwood y Underwood.)

LONDRES.—EL CONGRESO EUCARÍSTICO. (De fotografías de World's Graphic Press.)

Grandiosa procesión celebrada el día 13 de los corrientes. Grupo de cardenales, prelados y alto clero

Grupo de congregaciones, asociaciones y colegios con sus estandartes

GUITARRISTA, cuadro de R. A. Schlegel

JULIÁN DE MÉDICIS, DUQUE DE NEMOURS, cuadro de Rafael

adquirido recientemente por un aficionado berlinés por el precio de 425.000 marcos (531.250 pesetas)

WILBURG WRIGHT

El célebre aeronauta de quien nos ocupamos en el número 1.391 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA ha batido el *record* de la aviación en Europa, realizando con su aeroplano, en el campo de Auvours, el día 16, un vuelo de 39 minutos y 18 segundos. Delagrange, cuyo vuelo de 29 minutos 55 segundos, efectuando once días antes, había sido el mayor de los hasta entonces llevados á cabo, ha quedado vencido por su competidor norteamericano.

Los ensayos que, desde hace tiempo, viene realizando Wilburg Wright, primero en Heunaudieres y últimamente en Auvours, han llamado la atención de cuantos al deporte aéreo se dedican, y todo hace esperar que saldrá triunfante de la prueba definitiva, que le ha de valer los 500.000 francos que como precio de su patente se ha comprometido á pagarle, según en el citado número decíamos, el comité presidido por Lázaro Weiler.

Wilburg Wright realiza con su aparato verdaderas maravillas; marcha en línea recta con seguridad absoluta, describe círculos y graciosas curvas, vuela contra el viento y desciende y toca al suelo con la misma suavidad con que se posan los pájaros.

Entre tanto, su hermano Orville obtiene aún mayores triunfos en los Estados Unidos, habiendo realizado hace poco un vuelo de una hora, quince minutos y veintidós segundos, á una altura de 75 metros, con una seguridad y una facilidad asombrosas. Además, acompañado del capitán Squier, voló durante nueve minutos y siete segundos, tiempo que constituye el *record* de los aeroplanos con dos pasajeros. El día 18 quiso repetir el experimento llevando en su aparato al teniente Lelfridge; pero, según dicen los telegramas publicados por los periódicos en el momento de escribir estas líneas, ambos aeronautas han caído durante la prueba, habiendo resultado heridos de gravedad.

Por estos ensayos, así como por los de Delagrange, Farmann, Bleriot y otros, puede juzgarse de los progresos rapidísimos que en estos últimos tiempos está haciendo la conquista del aire por medio de aparatos más pesados que éste. La aviación ha dejado de ser un simple deporte y un problema puramente especulativo, para entrar en la categoría de problema mercantil, industrial y militar de importancia y trascendencia realmente prácticas. ¡De aquí la atención con que, no sólo los aficionados y los especialistas sino los mismos gobiernos de las grandes potencias, siguen los adelantos que en la materia se han conseguido y los ensayos que de continuo se están llevando á cabo.

Wilburg Wright, el célebre aeronauta que, en su aeroplano, ha efectuado en Auvours el 16 de los corrientes un vuelo de 39 minutos 18 segundos, el mayor de los realizados hasta el presente. (De fotografía de Theodoresco.)

EL CIRCUITO DE BOLONIA. – LA TARGA FLORIO

En los días 6 y 7 efectuáronse las carreras automovilistas del famoso circuito de Bolonia; el primer día disputábase la Targa Florio; el segundo, la Targa Bolonia. La distancia total que debía recorrerse era de 528 kilómetros.

De los diez y siete automóviles, tipo Grand Prix, que tomaron parte en la primera carrera, sólo seis pudieron terminarla, habiendo sido clasificados por el orden siguiente:

1.° Nazzaro (marca Fiat, italiana), en 4 horas, 25 minutos, 21 segundos. Velocidad media, 119 kilómetros y 100 metros por hora;

2.° Trucco (marca Lorraine-Dietrich, francesa), en 4 horas, 34 minutos, 7 segundos. Velocidad media, 119 kilómetros por hora;

3.° Cagno (marca Itala, italiana), en 4 horas, 50 minutos, 12 segundos;

4.° Demogeot (marca Mors, francesa), en 4 horas, 57 minutos, 11 segundos;

5.° Lancia (marca Fiat), en 5 horas, 8 minutos, 51 segundos;

6.° Garcet (marca Mors), en 5 horas, 22 minutos, 7 segundos.

Nazzaro, ganador de la Targa Florio, en el circuito de Bolonia. Recorrió 528 kilómetros en 4 horas, 25 minutos y 21 segundos, es decir una velocidad media de 119 kilómetros y 100 metros por hora, superior á todas las obtenidas anteriormente. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

Las velocidades totales medias alcanzadas por Nazzaro y Trucco han sido las mayores de la hora logradas hasta el presente; pero Lancia, en la segunda vuelta, las superó, puesto que recorrió 53 kilómetros en 23 minutos y 54 segundos, lo que da la espantosa velocidad media de 135 kilómetros y medio por hora.

La carrera del segundo día era para los automóviles de tipo corriente. Sólo cinco corredores la terminaron, habiendo llegado:

1.° Porporato (marca Berliet, francesa), en 4 horas, 56 segundos;

2.° Appendino (marca S. P. A. L., italiana), en 4 horas, 14 minutos, 15 segundos;

3.° Buzio (marca Franco, italiana), en 4 horas, 40 minutos, 57 segundos;

4.° Taugazzi (marca Junior, italiana), en 4 horas, 43 minutos, 49 segundos;

5.° Maggioni (marca Zust, italiana), en 5 horas, 5 minutos, 57 segundos.

La velocidad media alcanzada por el automóvil vencedor ha sido de 105 kilómetros y medio por hora, velocidad extraordinaria si se tiene en cuenta el tipo de los vehículos que tomaron parte en la carrera.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—JEREZ DE LA FRONTERA. – La casa Díez Hermanos ha abierto un concurso de cartel anunciador de su *Jerez Cognac Oxigenado*, en el que sólo serán admitidos artistas españoles. Cada artista podrá presentar el número de carteles que quiera, ejecutados por cualquier procedimiento (excepto el pastel) y de forma alta ó apaisada, con tal que sus dimensiones sean de 90 por 140 centímetros. En el cartel habrá de figurar la botella «Oxigenado,» y así esta palabra como la razón «Díez Hermanos» habrán de estar trazadas con caracteres bien visibles.

Se concederán tres premios, uno de 500 pesetas y dos de 250, que serán adjudicados por un Jurado constituído por D. Luis García Sampedro, don Cipriano Folgueras, D. Santiago Castellanos, don Enrique Amaré, D. Salvador Viniegra, presidentes de secciones los cuatro primeros y secretario general el último del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y por un socio ó apoderado de la casa Díez Hermanos.

Los carteles habrán de ser enviados francos de porte al secretario del expresado Círculo (Alcalá, 7, Madrid) firmados con un lema que figurará igualmente en un sobre cerrado y lacrado, dentro del cual se incluirá la firma autógrafa y la dirección y que se acompañará á la obra.

El plazo de admisión terminará á las doce de la noche del día 30 de noviembre próximo.

Todos los carteles serán expuestos al público durante diez días en el Palacio del Círculo (Parque de Madrid) y serán juzgados al quinto día de su exposición.

Para más pormenores pueden los artistas dirigirse al mencionado Círculo ó á la casa Díez Hermanos.

***

Necrología. —Han fallecido:

Juan Fattori, pintor italiano que cultivaba especialmente el género de las batallas.

Maximiliano Klein, geógrafo, historiador y filósofo alemán, director desde 1876 de la escuela de agricultura de Weiburg, autor de muchas é importantes obras.

Eleuterio Mascart, notable meteorólogo francés.

Víctor Hardouin, escritor francés, muy celebrado por las crónicas diarias que publicaba en *Le Matin*.

Maximiliano Klein, notable escultor alemán, premiado con la medalla de oro en una de las exposiciones de bellas artes de Berlín.

Teodoro Duimchen, novelista alemán.

Antonio Julio Barilli, escritor italiano, autor de muchas novelas del género de las de Edmundo de Amicis.

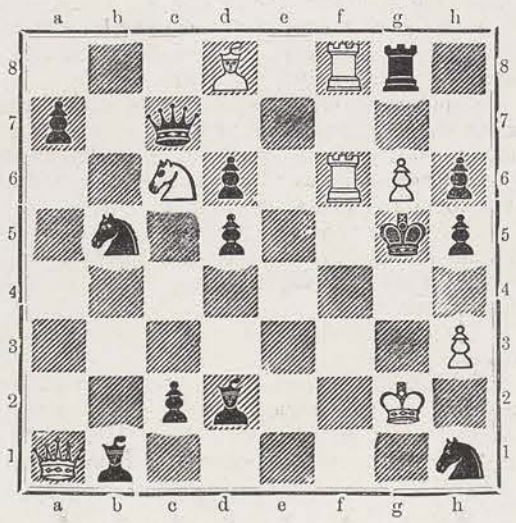
Luis Varney, popular compositor francés, autor de varias operetas muy aplaudidas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 506, POR V. MARÍN

1.er premio *ex æquo* del Concurso de «Deutsche Schachzeitung» 1905.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 505, POR V. MARÍN

Blancas.	Negras.
1. A e7 – b4	1. C a8 – c7
2. D a7 × d4 jaque	2. R e5 × d4
3. T f6 – f4 jaque	3. R juega.
4. P ó C mate.	

VARIANTES.

1... a5 × b4; 2. Da7 – e7, Ah1 × g2 ú otra; 3. Tf6 – f5 jaq., etc.
Tb5 – c5; 2. Tf6 – f5 jaq., Re5 × f5; 3. Da7 × f7 jaq., etc.
Re5 × f6; 2. Da7 – e7 jaq., Rf6 – e5; 3 Ab4 – d6 jaq., etc.
Rf6 – g6; 3. De7 – g5 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Da7 × d4 jaq., ó e7, ó Tf6 – f5 jaq., etc.

La joven apoyó su cabeza en el hombro de Veraines, que la sintió desfallecerse en la divina debilidad de las enamoradas

EL VELLOCINO DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE J. H. ROSNY.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

I

El almirante Jacobo Carlos Veraines descendió ágilmente del tren y se volvió en seguida para saludar á una pareja con la cual había hecho el viaje.

—¡Como á los veinte años, almirante!, dijo la joven.

—¡Como á los quince, señora! El mar tiene esta ventaja, que al mismo tiempo que nos amojama nos conserva... Pero á todo esto no dejamos bajar á Dervilly, que se impacienta... ¡Qué quiere usted!.. La juventud no puede ocultar sus impresiones.

—Y que ni siquiera tiene la galantería de disimular. Es tanta su prisa por dejarnos, que se deja olvidado su *kodak*. Tome usted, Sr. Dervilly; seguramente lo necesitará usted. ¿Verdad que es deliciosa una fotografía instantánea?

—Casi tanto como una pasión de la misma índole, respondió la voz alegre de Dervilly; y si no me deja usted salir del vagón, creeré que quiere usted secuestrarme...

—Decir esas cosas delante de mi marido es una traición.

—Deja bajar á ese caballero, exclamó cómicamente el esposo; pues ya empiezo á verlo todo de color de sangre.

—Es la banderita del guardabarrera, que nos recuerda nuestro deber. Ven, Pedro, que ya silba la locomotora.

Pedro saltó al andén mientras la máquina se envolvía en una nube de humo.

—¡Buen viaje!, gritó el almirante.

—¡Gracias!, respondió la señora. ¡Que vaya usted á vernos!

Alejóse el tren, y el almirante le vió partir entre pensativo y sonriente. Jacobo Carlos Veraines no era un hombre alto, pero su cuerpo revelaba á la vez agilidad y vigor; su pecho constituía una caja sólida reforzada por unos hombros musculosos, y su rostro, curtido por el viento y por el sol, mostraba unos ojos negros como la antracita, una barba cúbica y enérgica, y una boca indulgente fácil á la sonrisa. Inspiraba respeto por la fuerza que en él se adivinaba, y simpatía por una bondad que, para aquellos á quienes amaba, rayaba en ceguera.

Pedro Dervilly, más alto que el almirante, era ahijado de éste, quien, al morir su padre, lo había recogido y educado; su cara, con su expresión soñadora y sus ojos perspicaces, ofrecían marcado contraste con la del marino. De cutis blanco y cabello negrísimo, su fisonomía era enteramente gala, y en ella á la vez se reflejaban inteligencia, ternura y cierta impetuosidad contenida por un temperamento tenaz y reflexivo.

—Mejor sería que no fueses amigo de Cayetano, dijo el almirante á Pedro después de una pausa.

—¿Pero qué se ha figurado usted, padrino?

—Nada; mas tengo una experiencia que en ciertas atmósferas se despierta, como se despierta mi reuma cuando sopla el viento de Levante... Un filósofo hizo una fortuna con la teoría de las ideas-fuerzas, y la ironía, muchas veces, no es sino la manifestación, bajo forma negativa, de una de esas ideas muy reales...

—Para hacer un guisado de liebre se necesita un cocinero, pero también se necesita una liebre...

—Una liebre de caza, muchacho, y para cazarla no es el peor sistema el del cazador furtivo... Por lo demás, te digo todo esto porque detesto los pecados por inconsciencia... Si has de cometer un crimen, acomételo de frente.

—De frente lo he mirado, y en verdad que no me desagrada; sin embargo, también yo tengo mi idea-fuerza, y por consiguiente...

—¡Cómo! ¿Tienes tú..?

—Un amor que me salvará de cualquier felonía.

Ante el tono de gravedad que sus palabras habían ido tomando, el almirante clavó en él su mirada viva; pero no tuvo tiempo de interrogarle, porque un lacayo, que se les había acercado, le preguntaba:

—¿Quiere usted darme la capa? La pondré en el coche. Corentín ha recogido ya los equipajes.

—¡Ah, sí, el coche! Oye, Pedro, ¿te molestaría que hiciésemos el camino á pie? La mañana está deliciosa y á mí me gusta mucho andar, sobre todo en tierra firme.

—A mí también, padrino.

—Pues andando. En cuanto á vosotros, ya podéis iros con el carruaje.

El lacayo se marchó con el aire de disgusto del criado que ve á unos amigos de sus amos faltar á las costumbres establecidas, y subió al coche, cuyos magníficos caballos piafaban. En aquel momento apareció el criado del almirante.

—Los equipajes de usted y del señorito Pedro ya están cargados... ¿Se le ofrece algo al señor?

—Sube á la *charrette* con tu antiguo amigote el canadiense Luis, y no te emborraches como la otra vez. Como buen francés, sé fiel al vino y rechaza esas porquerías del *gin* y del *whisky*.

—Mi almirante..., balbuceó el doméstico.

—Bueno, bueno... Yo no digo que seas un borracho, sino que procures arreglarte de manera que no bebas demasiado y que esta misma noche estés preparado.

—Pero, mi almirante, si no hay ningún tren.

—Hay uno á la una de la madrugada y en él partiremos. Conque hay que tenerlo todo dispuesto.

—¿De modo que regresaremos esta noche?, murmuró Pedro, que de pronto se había puesto muy pálido.

—Detesto las reuniones numerosas, y aunque me gusta ver á mis hermanos y á mis sobrinos, me aburre la manía de mi padre y de mi madrastra de dar á este día un carácter ultrasolemne.

—Precisamente al siguiente día ya cesa la parte ceremoniosa y uno se divierte algo.

—A mí la víspera me estropea el día siguiente. Pero paréceme que lo que digo te contraría, añadió fijándose en su joven compañero. ¿Tanto te gusta divertirte, austero matemático?.. ¡Ah, Pedro, no eran estos los planes que tenía yo formados respecto de ti!

Pedro permanecía silencioso, entristecido y hasta suspiró.

—Hago mal en bromear, siguió diciendo el almirante. Desde el momento en que suspiras es que algo serio te pasa y que el niño dios, armado con su arco, se ha cruzado en tu camino. Por otra parte, creo que ibas á contarme el asunto cuando el imbécil del lacayo nos ha interrumpido... ¿De modo, mal timonel, que has enderezado el timón por entre esa gente de aquí? ¡Que Dios te proteja! No hay peor escollo que ese para un joven pobre como tú; todas esas gentes son millonarias, y millonarias con pretensiones... En fin, tengo la esperanza de que tu elección habrá re-

caído en alguna divinidad secundaria, una humilde ninfa...

—En una diosa, padrino.

—En este caso voy á darte un consejo, dijo el almirante consultando su reloj. Son las ocho de la mañana, y dentro de veinticinco minutos pasará el tren de París; tómalo sin dirigir una mirada atrás, vé á reanudar nuestro trabajo en el punto en que lo hemos dejado y anega tu amor en las cifras...

Mientras hablaban habían recorrido un sendero y ahora se hablaban en un bosquecillo de olmos, en donde la voz del marino resonaba como bajo una bóveda. Pedro había escuchado en silencio y su malestar parecía haber subido de punto.

—Padrino, dijo, ¿soy acaso despreciable porque soy pobre?

—Tan despreciable como yo.

—Pero en usted la pobreza es voluntaria... Y además, usted será rico algún día...

—Mira, muchacho, cuando después de haber derrochado millones me vi sin un céntimo, declaré que nunca más poseería riquezas. No tengo vocación para hacer buen uso de ellas, y no quiero llenar con ellas un jergón para dormir encima.

—Paréceme que la fortuna nada tendría de espantosa si la compartiese con aquella á quien amo.

—¿Nada de espantosa? ¿Cómo puedes decir esto? ¿No sabes, acaso, que con ella se pierde el más dulce y precioso de todos los sentimientos, la intimidad? Con ella no se goza de uno siquiera de esos gratos momentos que en nuestra modesta existencia hemos tenido nosotros. ¡La agitación y los cuidados de una casa montada por todo lo alto! ¡Ah, pobre muchacho! Cuando mi padre quiere disfrutar de algunas horas de paz y de meditación, se refugia en Blot, en la casa solariega, cuna de nuestra familia, situada entre fábricas y ensuciada por el humo, y allí pasa él, el riquísimo Veraines, semanas enteras con un solo criado y una cocinera. Y sin embargo, mi padre tiene el sentido de la riqueza, por más que sea mi madrastra la que desde la muerte de mi madre todo lo dirige, y no ha dejado nunca de sostener el más lujoso tren. Pues bien: ¿no te enseña esto todo lo que tiene de penoso esa función que podríamos llamar el «millonariado» y que envidian todos los imbéciles? ¿Será preciso citarte á los maníacos americanos?

—No, contestó Pedro riendo; evíteme usted esa molestia. Crea usted que no siento especial vocación por la riqueza; pero...

—Pero sueñas con casarte con una mujer rica..., porque supongo que no piensas que por ti renuncie á su fortuna.

—¿Y por qué no?

—Hay en toda renuncia algo penoso, lo digo por experiencia.

—Pero si la renuncia es por lograr la felicidad.

—He aquí un misterio que no se puede aclarar violentamente. En la mediocridad está la dicha, pero es doloroso renunciar á una posición para pasar á otra inferior; así lo ha dispuesto la naturaleza y es en vano que quieras contrariarla. Por uno como yo á quien el empeorar de condición le sienta bien, hay ciento á quienes desespera.

—De modo que, para conquistar á la que amo, tendré que ganar millones.

—Pero ¿qué demonio de idea te ha dado de poner tus amores en una esfera superior á la tuya?

Dervilly no contestó y bajó la cabeza con desaliento, mientras el almirante se encogía de hombros.

Ambos siguieron andando en medio de aquellos campos y bosques que mayo llenaba de suavidades, y al llegar á lo alto de una colina que bañaba el sol, apareciósele á lo lejos, por entre un claro de los grandes árboles del parque, la quinta de la Roule. En torno de ella la comarca era maravillosa: extensos campos en donde el trigo, verde aún, semejaba una alfombra de césped, bosques, praderas atravesadas por un riachuelo y aquí y allí algunas alquerías. El sol parecía tender sobre todo ello un polvillo de oro que de pronto desaparecía cuando aquél se ocultaba detrás de una nube, y el cielo vibraba, lleno de luz y cruzado por largas nubecillas de color blanco sedoso.

—¡Hermoso paisaje de la vieja Francia!, exclamó Veraines. Pocas regiones hay en donde puedan admirarse sitios tan nobles, tan sobrios de líneas, de color y de tranquila majestad. ¡Qué diferencia del paisaje inglés, tan pesado, tan fresco!..

—En verdad, respondió Pedro, que esa quinta está admirablemente situada.

—Las cinco posesiones de mi padre están todas en sitios igualmente bellos, cada uno en su género; pero la Roule es nuestro Versalles y mi madrastra sabe conservarla maravillosamente sin dejar nada al azar. La comarca es nuestra hasta el horizonte y los arrendatarios no tienen el derecho de plantar remolachas allí donde la señora de Veraines ha decidido que se plante centeno para recreo de la vista... Esta es la primera vez que vienes aquí, pues hasta ahora siempre te había llevado á la quinta de Buc en Foret ó á la de Telargue, y allí ó en París se han extraviado sin duda tu corazón y tu inteligencia, engañados por el carácter más íntimo de las relaciones. Piénsalo bien; aún estás á tiempo de regresar á París con un pretexto honroso; mira que de todo esto sólo pueden resultar para ti disgustos y penas.

—Las penas y los disgustos no me importan, padrino, pues desde muy joven he aprendido á sufrir. En un zaquizamí me encontró usted casi muerto de hambre, pero no abatido por la adversidad.

—Eres un gran muchacho, Pedro, como tu padre fué un gran marino; pero no quiero ver al hijo morir como el padre en un acto de temeridad inútil.

—¿Pero es tan grave cosa amar á quien nos ama?, dijo Dervilly con amargura.

—¿A quien nos ama?, exclamó el almirante asombrado. ¿Te burlas de mí? ¡Si querrás hacerme creer que una de esas jóvenes y lujosas beldades ha aceptado la perspectiva de un matrimonio con el secretario del miembro pobre de la familia!

—No digo que ella haya aceptado esa perspectiva, pero estoy seguro de que no le soy indiferente.

—¡Vamos!, dijo Veraines suspirando tristemente. Te habrás dejado engañar por una de esas coqueterías sin consecuencia... Hijo mío, es menester que esas muchachas ensayen sus flechas.

—La que amo no es una coqueta.

—¿Quieres ser franco con tu viejo amigo?

—Hace media hora que busco la ocasión de serlo..., pero temo que va usted á asustarse.

—No importa... ¿Será esa traviesa de Margarita?

—No.

—Entonces es Simona, mucho más maliciosa de lo que te figuras.

—No es Margarita ni Simona; es Juana.

—¡Estás loco! Juana, «la princesita,» la más guapa, la más altiva, la más rica de las Veraines... ¡Pobre Pedro! ¿No sabes el novio que le destinan?

—¿Un novio?

—¿Qué te extraña? Mi madrastra se ha metido esa boda en la cabeza, y ¡cuidado si es testaruda!

En aquel momento por la carretera adonde el sendero conducía pasó un landó; los que iban en el carruaje, un hombre de cincuenta años, una mujer de mediana edad y tipo extranjero y un joven de veinticinco años, reconocieron al almirante y le saludaron, indicando á la vez al cochero que parase. El marino devolvió amablemente el saludo, pero con un ademán se opuso á que le esperasen, en vista de lo cual el cochero sacudió su látigo y el coche prosiguió su camino.

—¿Los has reconocido?, preguntó Veraines á su joven compañero.

—Fernando Beverley es mi compañero de liceo...

—Fernando Beverley es par de Inglaterra y se llama lord Beverley. ¡Hermoso nombre! A la fortuna de su padre y de su madre juntará la de su padrastro, mi hermano Rodolfo... ¿Qué te parece?

—Que es una posición brillante la suya.

—¿Puedes compararla con la tuya?

—¡Quiere usted burlarse de mí!

—No tanto como te imaginas, porque ese es el novio de tu «princesa;» sí, ese guapo mozo, tan espléndidamente dotado por la naturaleza, por la fortuna y la educación de mi hermano, que es un hacedor de hombres, como Warwick era un hacedor de reyes.

Pedro Dervilly permanecía inmóvil, y el sol que iluminaba su cara hacía resaltar más su palidez. Por un instante pareció resuelto á tomar aquel tren de París de que le había hablado el almirante; mas luego hizo un gesto enérgico y exclamó con acento vigoroso:

—*¡Alea jacta est!*

II

Cuando el almirante y su compañero hubieron llegado á la carretera, alcanzáronles tres automóviles que después de habérseles adelantado se detuvieron. Del landolet ó faetón salían varias manos y afectuosos gritos que llamaban á Veraines, el cual tranquila y bondadosamente sonreía á las muchachas y besaba las redondas mejillas de los niños.

—¡Jacobo Carlos! ¡Tío! ¡Suba usted con nosotros!

Algunos que conocían á Dervilly saludábanle cortésmente; á otros, el almirante les presentaba al joven, y todos, en medio de sus finos modales, mostrábanse algo fríos hablando con él. Era un matiz imperceptible que Pedro no advirtió, pero que molestaba profundamente á Veraines, que amaba al joven como si fuera su hijo.

—¡Cuánta familia, padrino!, exclamó éste. ¡Cuántos hermanos y cuántos sobrinos! Todos parecen quererle mucho.

—No dudo de que me quieren. Mis hermanos me temen porque mi lenguaje es rudo; pero aparte de que de lo que les digo se guardan sólo lo que les conviene, me han creado una reputación de excentricidad que les resulta muy cómoda. En cuanto á los niños, siempre se encariñarán con los viejos marinos, porque los viejos marinos tienen un alma ingenua y manos habilidosas. Añade ahora á esto mi uniforme, que impresiona á toda esa gente menuda. En una palabra, soy popular, y no hay una, entre todas mis grandullonas sobrinas, que no guste de presentarse llevándola yo del brazo. Estos pequeños móviles, no lo dudes, son los móviles grandes...

—¿Y por esto se ha puesto usted el uniforme?

—Por esto y para dar gusto á mi padre, que quiere que el día de hoy sea simbólico de la gloria de los Veraines. Su alma es la misma que la de los buenos menestrales fundadores de nuestra familia, y no me habría perdonado mi fuga de la casa paterna si no hubiese vuelto con mis charreteras. Rodeado de banqueros, de hombres de la alta sociedad, de funcionarios, mi grado de almirante le enorgullece en extremo; mi misma pobreza le agrada como prueba que es de mi independencia, y se ve reproducido en mi sencillez. Los demás me miran con cierto desdén, porque al fin y al cabo un buen hombre que vive en un modesto segundo piso del muelle de Bethune y á quien ven pasearse á pie por los Campos Elíseos, les inspira compasión. Pero mi padre sabe que este sistema de vida responde á una necesidad de libertad; mi madrastra, en cambio, que es la encarnación de la vida del gran mundo, no me comprende tan bien como él y no ha cesado de instar para que me ofrecieran una especie de anticipo de herencia, cosa de diez millones. Sin embargo, el dinero me da miedo, pues carezco de la abnegación que han de tener los ricos. Corentin, con su honradez y su familiaridad respetuosa de lobo de mar, es casi un amigo para mí; al paso que me hastían y repugnan el servilismo ó la insolencia, la necedad ó la mala fe de los criados. Y sobre todo, que necesito codearme con la multitud, con el pueblo; por esto cuando navego, siempre escucho con placer las conversaciones del castillo de proa, y mis marineros que lo saben, sin salirse nunca de los límites de la conveniencia, jamás interrumpen por mí sus coloquios y dicen: «Nuestro almirante sabe lo que es la vida.» ¡Y tanto como lo sé! He conocido la miseria, que los hombres de acción pueden, en mi concepto, soportar perfectamente, y todavía le conservo cierta afición.

—Pero, padrino, ¿no ha pensado usted nunca en el mucho bien?..

—¡Tonterías, muchacho! El verdadero bien consiste en gastar el dinero que se tiene del modo que la sociedad indica. Yo no censuro ciertamente la caridad ni las instituciones benéficas; pero una y otras no deben constituir la regla general, sino la excepción. ¿Concibes un estado social basado en instituciones filantrópicas? El fundamento de todo orden es el trabajo, es la producción, y por consiguiente, el consumo. Mi norma es, pues, no criticar el dinero que socorre y venerar el dinero que crea recursos. No soy Dios para estar completamente seguro del buen empleo de mis millones, y en la duda me abstengo, resuelto á dar mi parte de trabajo y de buena voluntad.

—Mi almirante, me avergüenzo de ser su discípulo y de no poder imitar su desinterés.

—No hay por qué avergonzarse... Aunque el amor no explicase tu afán por ser rico, ese afán no dejaría de ser, á mis ojos, sensato y razonable, siempre que respondiese á una vocación mundana; pero me temo que tus aficiones sean, en el fondo, sencillas y modestas y que sólo la ambición, con sus espejismos, te haga ambicioso... Eres un sabio...

—¿Y esto es un impedimento para ser rico?

—Sí, hasta cierto punto... Pero, en fin, la cuestión no tiene en realidad ninguna importancia, porque no eres rico ni tienes en la mano los triunfos que se necesitan para llegar á serlo...

—¿Me cree usted incapaz?..

—¡Incapaz! Al contrario, te juzgo muy capaz; pero la capacidad general nada tiene que ver con lo que discutimos. Necesitarías tener aptitudes comerciales..., financieras, las únicas que llevan rápidamente á la fortuna, y en lugar de esto eres un matemático, un filósofo, un observador, hasta un soñador y un alma tierna, discreta, heroica... Cierto que hay en ti algo de espíritu aventurero y de perspicacia; mas para sacar partido de ello, habrías, por lo menos, de marcharte á América.

Nuevamente se calló Pedro Dervilly, en cuyo ros

tro pintóse una expresión de pesar mezclada con cierta violencia.

En esto habían llegado delante de la verja de la quinta, que se hallaba abierta. Al otro lado de un inmenso césped en pendiente, rodeado por dos caminos de coches, alzábase el cuerpo principal de los edificios. Era una construcción sencilla, sin estilo definido; pero sus amplias ventanas en todos los pisos, su hermosa fachada blanca y el invernadero que adornaba la entrada, precedida de unos cuantos escalones, anunciaban una comodidad y un lujo grandes. El jardín deslumbraba con sus grupos de tulipanes, de rosas y de jeranios; á lo lejos los bosquecillos ofrecían frescas sombras; todo estaba admirablemente cuidado, trazado á cordel, por un jardinero habilísimo que á las exuberancias de la naturaleza añadía el aseo y la pulcritud humanos.

Rodolfo Veraines y los viajeros de los automóviles habían seguramente dado aviso de la llegada del almirante, porque apenas vieron su uniforme, una porción de niños corrieron á su encuentro. Sólo les acompañaba una persona mayor, pero era ésta la más fina, la más bella, la más distinguida que pudiera imaginarse. Era una joven de cabellos castaños y de ojos que tiraban á verdes; la regularidad de sus facciones daba á su rostro cierta altivez que nada tenía de dura y antes bien estaba suavizada por la sonrisa más amable y por una multitud de rasgos espirituales y tiernos que se revelaban cuando hablaba. Sus ojos reían dulcemente bajo unas cejas espesas, un poco demasiado aproximadas á la nariz, y su frente denotaba inteligencia y algún indicio de obstinación. Caminaba con los niños y parecía una niña con todas las gracias de la mujer.

—Animo, muchacho, dijo el almirante clavando sus ojos en Pedro. Se acerca tu princesa... No le des el espectáculo de tu debilidad.

El primero que llegó á la meta fué un hermoso chicuelo de unos diez años.

—¿Traes la brújula?, gritó sin cuidarse siquiera de dar los buenos días.

—Está en mi maleta.

—¿Y por qué no traes tu maleta?

—Si no fueses tan atolondrado, respondió el marino soltando la carcajada, sabrías que un almirante no lleva maletas.

—Y sin embargo eres bastante fuerte; papá dice que llevarías un cañón sobre tus hombros.

—¡Y hasta dos!

—¿Dos? ¿De veras? ¡Bah! Lo dices para burlarte de mí.

—¿Por qué das crédito á esas paparruchas?

—No son paparruchas, sino que papá...

—¡Ea, dame un beso, y deja el turno á Alfredo!

Este, más formal, besó á su tío y luego le dijo reposadamente:

—Acuérdate de que me prometiste arreglarme el barco.

—Te lo arreglaré, pierde cuidado.

Sucesivamente todos exigieron algo, y cuando al fin se acercó Juana, el almirante le dijo:

—Y tú, ¿estás contenta de lo que te traigo?

Juana se ruborizó, sin atreverse á ver una alusión en aquellas palabras, y para ocultar su turbación echóse en los brazos de su tío, quien prolongó aquella caricia más que de costumbre. El viejo marino, comprendiendo que Pedro no se había engañado y que la joven no veía al secretario con ojos indiferentes, sintióse satisfecho y á la vez contrariado, por entender que la situación era insoluble; y emocionado por el valor de su sobrina, parecióle que de pronto la quería infinitamente más que antes.

Juana saludaba á Pedro, estrechándole la mano á la inglesa, cuando se vió de nuevo cogida por los brazos de su tío, que murmuraba cariñosamente:

—¡Juanilla mía!

La joven apoyó su cabeza en el hombro de Veraines, que la sintió desfallecerse en la divina debilidad de las enamoradas. Fué cosa de un momento, pero se habían comprendido; en aquel momento había todo un drama: para el almirante, la visión clara de luchas en las que se preparaban grandes angustias y quizás catástrofes; para Juana, el presentimiento de que no era dueña de su suerte y la preocupación de muchos obstáculos; sólo para Pedro, el impulso presuntuoso de los jóvenes que simplifican las cosas á la medida de su deseo.

III

Pedro logró con facilidad alejarse de la gente y refugiarse, dando vuelta á la casa, en un sitio del parque adonde no llegaban los ruidos de la fiesta y que, iluminado por la blanquísima luz que descendía del cielo como al través de sedas brillantes, tenía entonces un encanto sin igual. La variedad de los perfumes quitaba al paisaje todo carácter de aspereza, y entre las frondas, en los claros hábilmente dispuestos, parecía flotar el espíritu de una sociedad elegante. El joven avanzó hasta la extensa terraza sobre la cual hallábase la casa construída, y se apoyó en la balaustrada, vencido por el cansancio y por el desaliento.

La dulce belleza del paisaje aumentaba la amargura de la derrota moral hacía un instante sufrida. En medio de aquella luz y de los frescos esplendores vegetales, parecía que la existencia había de ser de una serenidad perfecta y estar por encima de todas las vicisitudes; y para Pedro la vida ofrecíase triste y sombría como un ídolo en el fondo de una caverna. Sentíase despreciado, inútil; comprendía que su inteligencia y su corazón estaban muy lejos de toda aquella gente, y se veía desprestigiado á los ojos de Juana, imbuído en preocupaciones y dedicado á trabajos que no eran los de aquella sociedad. El sabio, el artista, enteramente dedicados á su obra, padecerán siempre la tristeza de sentir la profunda indiferencia de los que le rodean y de percibir que son extraños á lo que hace latir los corazones de esos niños grandes del gran mundo cuyo amor solicitan. Sin embargo, Dervilly se equivocaba en cuanto al carácter de aquella indiferencia, no exenta de un fondo de respeto y de admiración; pero no se engañaba creyendo que las manifestaciones del genio humano nada valen al lado de ciertas cualidades relumbrantes ó de ciertas excelencias de posición. Newton ocuparía sin duda alguna un puesto preferente en las inteligencias, pero no se introduciría en los corazones con tanta facilidad como el más mediocre de sus descendientes que hubiese llegado á ser lord Newton y riquísimo *sportman*. Pedro habría podido reflexionar que no se puede ir contra una corriente que data de siglos, pero la reflexión no es patrimonio de los enamorados; por esto prefería pensar en las contadas excepciones que resolvían el conflicto en favor suyo.

Pero entretanto sufría. El magnífico almuerzo no había sido para él más que una larga tristeza, pues en vez de sentarse, como había esperado, al lado de Juana, por disposición del almirante, que con la firmeza del hombre que cree cumplir con su deber había cambiado el orden de los sitios, encontróse entre Margarita de Blemont y Matilde Veraines, dos rubias del mismo tipo, ligeramente aguileño, y de colores vigorosos, denunciadores de un origen normando.

No menos furiosa que Pedro estaba Margarita, ya que de no haberse alterado el primitivo orden de colocación, habría tenido á su derecha á lord Beverley, á quien adoraba; y Matilde, por su parte, envidiaba el sitio que su hermana ocupaba junto al Sr. Delecourt, joven distinguidísimo que enseñaba el *golf* á toda la colonia femenina. Ni una ni otra se dignaron ocuparse de su vecino, el cual, por añadidura, hablaba en voz algo apagada, á fuer de sabio verdadero que se preocupa más de sus ideas que de las inflexiones de su voz, y seguían de lejos la conversación de Beverley con Juana y la de Delecourt con Carolina. En una ocasión, Pedro, mortificado por la atención que Juana prestaba á Fernando y del aire vencedor de éste, aprovechó una interrupción para formular una pregunta á su antiguo condiscípulo, pregunta á la cual éste había contestado fría y altaneramente y con una mirada como de asombro por la presencia del secretario del almirante... Pedro, aunque tenía la sangre ardiente, sintióse avergonzado y guardó silencio, y cuando al cabo de un rato su mirada se cruzó con la de Juana, vió en los ojos de la joven una expresión de benevolencia, pero vió asimismo que aquellos ojos estaban lejos de él y que en seguida Juana los apartó para fijarlos en lord Beverley, que le dirigía la palabra.

Desde aquel momento, los rumores del almuerzo fueron para Pedro un suplicio; las leves carcajadas, la alegría que en todos reinaba, los suaves matices de las flores esparcidas sobre el blanco mantel, las gotas de luz que temblaban en las botellas, la animación de aquellas deliciosas testas juveniles en las que brillaban diamantes, perlas, zafiros, turquesas y esmeraldas que parecían pequeñas ascuas ocultas entre las cabelleras, todo le era indiferente á Pedro, mejor dicho, todo aumentaba su pesar...

Como de costumbre en tal día, el abuelo pronunció una corta alocución en que habló de la madre fallecida y de la madrastra señora de la casa; expresó las esperanzas, la alegría de ver á los dichosos de aquella fiesta, la suerte cada vez mayor y sobre todo el honroso y envidiado puesto que en la sociedad ocupaban los Veraines; hizo algunas salvedades sobre las modernas costumbres; tuvo un recuerdo para los ausentes; deseó salud á los enfermos, y terminó anunciando próximos enlaces y prediciendo otros...

El almirante contestó á su padre con aquella filosofía suave, pero firme, que le permitía hablar con cierta causticidad benévola é ingeniosa, desempeñando quizás allí el papel de los grandes predicadores de la corte de Luis XIV, que pronunciaban el *Memento quia pulvis es* ante el propio monarca. También dedicó algunas palabras á su padre y á su madre, y al final hizo de su madrastra un elogio que la emocionó profundamente.

Después de los brindis, levantáronse todos para ir á tomar café al jardín, y Pedro Dervilly permaneció un instante en el grupo en que estaban el almirante y la señora de Veraines. El marino hizo recaer la conversación en los casamientos, y su madrastra, sonriente, hizo algunas alusiones al de Juana con lord Beverley y acabó por llamar á éstos. Aunque en la conversación que luego se sostuvo para nada se habló de aquel asunto, Pedro quedóse convencido de que Juana aceptaba el proyecto de una boda tan brillante, y el marino no paró hasta lograr por este medio que su ahijado viese demostrada de un modo palpable la peligrosa ilusión que acariciaba.

Acaso la demostración fué demasiado contundente, pero el hecho es que Pedro no pudo resistirla y vió, en su consecuencia, destruído su sueño. Jacobo Carlos advirtió la turbación del joven, y si bien se alegró, en el fondo, de haber sido duro, sintió gran compasión por su víctima. «Le salvo—pensaba—y vale más acabar de una vez;» pero al propio tiempo atenaceábale el remordimiento de haber quizás ido más lejos de lo que convenía. Por esto siguió con la mirada á Pedro cuando le vió alejarse poco á poco de la reunión.

—¡Pobre muchacho!, decía tristemente para sus adentros. Es digno de ser feliz, y de seguro que con él sería Juana dichosa.

De esta suerte luchaban dos sentimientos contrapuestos en aquella alma tranquila y heroica.

Pedro daba vueltas á su desgracia ante el más hermoso paisaje, cuyo primer término formaban algunos olmos que elevaban al cielo sus numerosas ramas, tamizando la claridad entre su follaje tembloroso. Tres colosales castaños, con los candelabros de sus blancas flores, semejaban pequeñas iglesias; los folíolos triangulares de un aliso vacilaban á impulsos de imaginarias brisas, como campanillas que ora escondiesen, ora dejasen escapar reflejos de luz; á lo largo de un álamo de Stalia corría un arroyo de diamantes y por todas partes el aire penetraba en aquella frágil exuberancia y flotaba en ella un vapor que ocultaba los fondos y envolvía los ramajes, mientras los troncos y las ramas negras avivaban la frescura de los céspedes.

Para el desesperado, sin embargo, no había frescor alguno; hubiera querido aliviar su pena con una acción violenta, y sintiendo esa plenitud de fuerza de la juventud que es como una embriaguez, tan pronto soñaba con montar un caballo fogoso ó hallarse en el mar en medio de una tempestad, como deseaba tenderse sobre la hierba y dormir así su pena.

Presa de esa crisis, vió que se le acercaba Juana Veraines más bella aún que el paisaje, acompañada de un niño y de una niña á quienes se había llevado con el pretexto de que cogiesen flores. Pero en realidad su buen corazón sufría con la tristeza de Pedro y acudía con intento de consolarle, aunque sin ninguna idea fija; es más, si hubiese podido prever que su presencia había de infundir alguna esperanza en el alma del joven, quizás no habría ido al sitio en donde éste se hallaba.

—Por lo visto, ama usted mucho la soledad, preguntóle.

—Cada cual ama lo que puede, contestó Pedro algo bruscamente. La soledad es una amiga cuyo consuelo es infalible cuando se reviste del esplendor que aquí tiene. Esos olmos y esos álamos son para mí terribles lecciones de cosas, aunque no lo parezcan; crecen en el espacio, extienden sus ramajes para mejor absorber la vida, sin temor y sin apresuramientos, y obran así á pesar de la amenaza, á pesar del viento y á pesar del rayo, aumentando de este modo sus probabilidades de padecer y de morir, pero también desarrollando entretanto su esperanza de hojas nuevas y de nuevos frutos... Me figuro ser como ellos, pronto á entregarme á dolores y á alegrías, pero he perdido los encantos del instinto, y la sabiduría de los demás me aconseja una prudente reserva. Por esto vacilo...

La amargura de su acento impresionó á Juana, que, á su vez, se entristeció comprendiendo que se trataba de un asunto en extremo serio, tanto para él como para ella. Porque cien veces se había interrogado á sí misma acerca de su sentimiento, y como sucede á las jóvenes, no había sabido definirlo...

(Se continuará.)

EL PAIS DE LA PLATA.—HIENDELAENCINA

No hemos de profundizar en la Historia; no buscaremos en la tradición ni en la leyenda el nombre de Hiendelaencina, porque sería trabajo poco menos que infructuoso. Existía ya en el siglo XIII como una miserable aldea apenas conocida, sin industria, casi sin agricultura, sin vida propia, y así ha llegado

Central eléctrica de las minas

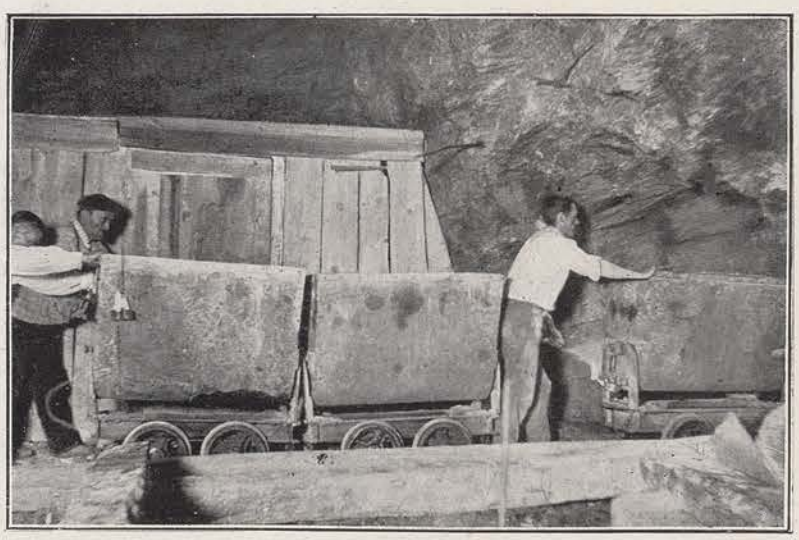
hasta la primera mitad del siglo XIX, *para despertar brillante y esplendorosa* con todo el vigor y apogeo de la primavera de la vida en 1844.

Está situada diez leguas al Norte de Guadalajara, á tres y media del partido de Atienza y á igual distancia de Jadraque.

En la fecha á que nos referimos, vivía en Hiendelaencina D. Pedro Esteban de Górriz, ingeniero agrimensor, que desde su niñez había demostrado extraordinario entusiasmo por la mineralogía, y de sus investigaciones y estudios del terreno, obtuvo bien pronto el convencimiento de la existencia de plata en el lugar denominado Canto Blanco, en las afueras del pueblo.

Górriz, falto de recursos que habían absorbido reveses de fortuna, solicitó la cooperación de muchas personas para explotar aquel venero de riquezas; pero obtuvo mil desprecios y hasta pasó por loco ante algunos al pintar sus esperanzas en el éxito que señalaba. Por fin encontró auxilio en D. Antonio Orfila, que recibió, como compensación del Sr. Górriz, un buen número de acciones de los primeros registros Santa Cecilia, Suerte y Fortuna, acciones que por su alza fabulosa, motivada por la abundancia de mineral, constituyeron bien pronto una colosal fortuna.

Como dato curioso diremos que la sociedad primera se formó con siete individuos y cien acciones de 5.000 pesetas cada una, obteniendo como ganancias



Acarreo del mineral en una mina de 500 metros

en los cinco primeros años la bonita suma de once millones de reales con una explotación verdaderamente primitiva.

Cundió por todas partes el nombre de Hiendelaencina y la fama de sus riquezas, entrando el pueblo todo en una actividad nunca vista, en una verdadera fiebre minera, en la que naturalmente no podían faltar los ingleses, que construyeron en seguida la fábrica de beneficio *La Constante,* que en sus primeros años entregaba un promedio de 300.000 onzas de plata con sus correspondientes estupendas ganancias, teniendo en cuenta que cuando el quintal de mineral bruto daba cuatro onzas de plata, lo pagaban á ocho reales, vendiéndolo después de saneado de 20 á 24 en la Casa de la Moneda.

En una *Memoria* del ingeniero de aquellas minas D. Miguel Bautista, se dice que «desde el 1844 al 70 se entregaron en la Casa de la Moneda, procedentes de *La Constante,* 10.437.635 onzas de plata, que á 24 reales importaron 250.503.144 reales.» Ante tales riquezas nadie extrañará que las acciones de la *Santa Cecilia* y la *Suerte* subieran á 10.000 y 16.000 duros respectivamente.

¡Cómo habían de imaginar que hollaban con sus plantas tantas riquezas aquellos míseros pobladores del lugar que fué del marqués del Cenete y duque del Infantado!

Conocía las minas de Hiendelaencina sólo por referencias de mi excelente amigo el ingeniero D. Rafael Bautista y por el libro que lleva por título el que encabeza estas líneas, original de D. Bibiano Contreras, publicado por su hijo el notable escritor D. Eduardo, y sus noticias habían cautivado mi atención extraordinariamente, haciéndome caer en vehemente deseo de visitarlas. La amistad, inteligencia y hospitalidad exquisita de mi amigo fueron puestas á mi servicio, y con tales medios no era cosa de perder la ocasión de escudriñar las entrañas de la tierra hasta 500 metros de profundidad. Restar medio kilómetro á la corteza terrestre tiene siempre algo de fantástico, equivale á una gran conquista, y sobre todo es verdaderamente encantador.

Debidamente autorizados por D. Joaquín Menéndez Ormaza, ingeniero director de la mina *La Plata,* que es actualmente la de mayor actividad de esta comarca, y teniendo por *cicerone* al inteligente subdirector D. J. Bautista Targhetta, vestidos todos con el típico é indispensable traje de mineros, entramos en el ascensor que había de bajarnos hasta los 250 metros.

Es un momento un tanto espeluznante este primero, haciéndose cargo de que una caída desde aquellas alturas equivale á trocarse en la más desmenuzada papilla, y que la más ligera imprudencia puede costarle á uno la friolera de dejarse la cabeza en cualquiera de los tramos. Pero por lo mismo es tentador.

Visitar todas las galerías sería empresa de muchas horas, y desde luego baja-

Taller de monda del mineral

mos á los 250 metros, dejando á nuestro paso ocho pisos de 30 metros, en cada uno de los cuales nos saludaba candil en mano un vigilante, que más parecía en las sombras figura y voz de ultratumba que semejante nuestro.

Descendimos al piso 8.° y recorrimos vistosas naves y calles pintorescas, vimos las primeras faenas, consistentes en transportar las vagonetas que salen cargadas del segundo ascensor hasta el primero, que las saca á la superficie, y por el segundo volvimos á bajar hasta el 14.° piso, que con sus diversas alturas suman cerca de 500 metros.

Hasta entonces la temperatura es agradable, porque circula el aire por los pozos de ventilación; pero aquí se deja sentir el calor más que regularmente, y de ahí la necesidad de que los obreros tengan que trabajar en traje de Adán. Allí es donde se aprecia la lucha por la existencia; allí donde entre chorros de sudor y estampidos de dinamita se arranca á los filones su tesoro.

Recorrimos todas las labores, saboreando sus encantos, y volvimos á ascender después de varias horas de viaje subterráneo, siempre por mi parte asombrado de tanta belleza y del esfuerzo que representan aquellas calas incomparables.

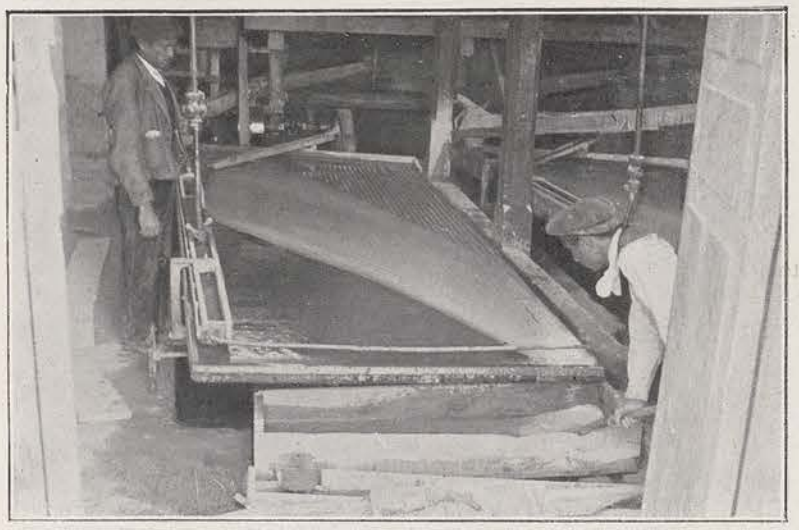
Salimos á la superficie; entonces respiramos fuerte. He aquí el fin de la conquista. ¡La vida, la luz!

Cuando las vagonetas llenas de mineral llegan á la boca del pozo, son con-

Trituración del mineral y preparación para el lavado

ducidas á mano al vertedero, que consiste en un enorme zarzo inclinado de gruesos barrotes de hierro, en donde se hace la primera clasificación por tama-

ños y el primer apartado del mineral estéril, que desde luego pasa á la escombrera. Todo el mineral que eligen aquellos obreros puede asegurarse que contiene plata; pero como una gran parte de los gruesos terrones aporta generalmente una pequeña de metal rico, de aquí la necesidad de proceder á una nueva



Taller de lavado y separación mecánica del mineral fino

operación que se llama de *monda,* la cual consiste en desmenuzar á martillo aquellas grandes masas para eliminarles la parte no aprovechable.

Desde este momento es ya fácil aun al menos entendido conocer la plata, que se aprecia en cualquier piedra á la simple vista.

Convenientemente triturado pasa á las *cribas de mano* para la preparación de las grancillas; estas cribas están dispuestas sobre el agua y en ellas sufre el mineral una especie de cernido muy cuidado, quedando al final de la operación en el fondo la parte más pesada, que es la plata, y encima las demás materias de nueva eliminación. Como es natural, las arenas y el mineral pulverizado se escapan de la criba, cayendo al fondo de unas tinas, de donde es recogido para pasarlo al *taller de separación mecánica de los finos,* en cuya ingeniosa mesa, inventada precisamente por el actual director de esta mina, sufre un nuevo lavado producido por una continua trepidación y caída de agua, que á su paso por la mesa arrastra los minerales completamente clasificados por su peso, y por tanto la plata ya casi limpia de las demás impurezas.

Quedan con esto terminadas las operaciones llamadas de preparación y pasan á la fábrica de beneficio.

La primera operación consiste en decrepitar ó reducir á polvo toda la materia recogida, lo cual se consigue en los *hornos de calcinación,* que están al cuidado de obreros provistos de unos largos rastrillos dentados, con los que remueven el polvo para que reciba por igual la cloruración, hasta conseguir por una graduada temperatura que la plata en estado de sulfuro se transforme en cloruro.

Pasa otra vez el mineral por un nuevo cernido para desmenuzar lo aterronado y triturar la granza, y desde allí al tren de *toneles de amalgamación,* donde mezclado con agua, azogue, hierro y mercurio necesarios recibe la amalgama después de muchas horas de continuo y vertiginoso movimiento de rotación de

Hornos de destilación y fundición. Delante del horno se ven los panes de plata y sus moldes

los toneles, producido, como toda la fuerza de esta mina, por la *central eléctrica* de turbinas instalada á tres kilómetros para aprovechar la corriente del río Bornoba.

Filtrase la amalgama en fuertes mangas de cuero y lona por donde escapa el mercurio excedente, quedando dentro el combinado con la plata en una masa llamada *pella.*

Procede entonces la desecación ó destilación, que se efectúa en nuevos hornos, evaporando el mercurio por elevada temperatura y quedando la plata aislada. El mercurio se condensa de nuevo pasando por unos tubos sumergidos en agua fría, recogiéndose para volver á emplearlo, y la plata queda seca y muy porosa en un estado que se llama *copela.*

El fundido es la última operación. La plata se pone en crisoles que se colocan en un horno de mucho tiro, donde se verifica la liquefacción; se vierte en unos moldes de hierro y quedan formados los panes ó lingotes de plata en disposición de usarlos aunque sea para duros *sevillanos,* que es la última palabra de la aplicación.

Actualmente trabajan con actividad más ó menos relativa, además de esta mina, las de Santa Cecilia, San Carlos, Vascongada, Regeneradora, Tres Amigos, Mala Noche, Fuerza y Cubana.

He aquí en términos vulgares y en el reducido espacio de que disponemos un bosquejo de lo que son las minas de Hiendelaencina.

MANUEL ASENJO.

(Fotografías del autor.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & Cía, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA
El que quiera ser Poderoso y Rico, ser Amado, que la Mala estrella le deje, que la Suerte vuelva,
TENER SALUD Y DICHA
pida el curioso librito (que se envía gratis) al mago Moorys's. 19, rue Mazagran, París.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disenteria,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

París.— Octava exposición de juguetes organizada en las Tullerías por el prefecto de policía Sr. Lepine, iniciador de estos concursos anuales. (De fotografía de M. Branger.)

En la terraza del juego de pelota de las Tullerías se inauguró el día 11 de los corrientes la octava exposición de juguetes organizada por el prefecto de policía Sr. Lepine, iniciador de estos concursos, en los cuales pueden admirarse todos los años los más curiosos productos de la inventiva y del ingenio, puestos al servicio de la industria que constituye el encanto de los niños.

La actualidad política y la científica son las fuentes más copiosas de inspiración para esos pequeños inventores, que unas veces ponen en caricatura el alto personaje en boga ó el suceso que ha llamado grandemente la atención, y otras reproducen en miniatura y por medio de hábiles mecanismos las últimas conquistas de la ciencia.

En la exposición de este año abundan naturalmente los aeroplanos que se balancean graciosamente y evolucionan... atados á un hilo; hay también un misterioso barquito que navega sin propulsor, un pescador de caña que parece ser una demostración del movimiento continuo, diminutas fábricas de electricidad y otros cien objetos más del género que podríamos llamar científico. En otro género, llaman la atención un ladrón perseguido por un gendarme, una Sada Yacco, una tienda de zapatos para muñecas, un jugador de *diábolo*, figuras de hombres políticos recortadas en madera, etc., etc.

La exposición, como todas las anteriores, ha tenido un gran éxito y el Sr. Lepine ha sido muy felicitado.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito,** y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN